

Yvon LeBot, *Subcomandante Marcos. El sueño zapatista*, Plaza y Janés, México, 1997, 376 pp.

El texto de LeBot permite acercarnos, sin ningún tipo de obstáculos, a las contradicciones que surgen de alternar visiones apologéticas sobre el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), un desproporcionado culto al subcomandante Marcos e intentos de análisis críticos sobre el proceso insurgente.

El libro tiene dos partes distintas. En una, el autor propone una síntesis histórica del proceso socioeconómico de la región y un análisis del zapatismo a partir de algunos documentos, especialmente la entrevista. En la segunda parte aparece como protagonista el análisis de Marcos y, en menor grado, el de los comandantes Tacho y Moisés.

La primera parte es, como lo decíamos al comienzo, sintomática del acercamiento de los intelectuales al fenómeno del zapatismo, y se caracteriza por tres hechos: la apología al Ejército Zapatista, el culto a Marcos y las contradicciones que se plantean al intentar unir estos aspectos con análisis críticos.

La apología es, naturalmente, el punto de partida del análisis y está constituida por cuatro elementos: la pretensión de universalidad del movimiento, una mirada mesiánica sobre el indígena, la exaltación de la genialidad de Marcos y la idea de centralidad política del zapatismo en la actual coyuntura.

Los zapatistas aparecen como el gran paradigma planetario¹ y base de la reconstitución del movimiento revolucionario—o la denominada izquierda en general—. Se afirma, sin mayores argumentos, que el zapatismo tiene como característica esencial la renovación de la práctica política, y de ello se deriva su impacto planetario.² Para reforzar la idea se establece una asociación gratuita entre el zapatismo, Marcos y figuras como Gandhi y Martin Luther King—nada nuevo, pues ya un periodista mexicano había pedido a Regis Debray que estableciera una comparación entre Marcos y Gorbachov—. En esto leemos dos cosas: por un lado, un acercamiento tradicional a la producción simbólica sobre la nacionalidad mexicana—todo lo mexicano es de importancia planetaria—. Por otro, la voz del intelectual europeo en busca de público.

¹ P. 1.

² Pp. 21, 22, 23, 112.

Esta pretensión de universalidad se basa, además, en una visión idealizada del indígena. El indígena es representado como el buen salvaje, la fuente de donde emanan los valores, el paradigma de la ética, el reducto donde vive el humanitarismo, etcétera. Es innegable que los principios éticos que fundamentan la vida cotidiana de las comunidades son dignos de tenerse en cuenta y resultan renovadores, pero hay que reconocer sus limitaciones para la mayor parte de las sociedades urbanas con lógicas de producción alternas. Hay que recordar que esta visión no es nueva, ya existía en los años veinte en América Latina. ¿Ecos, aún, del mito de la grandeza prehispánica? ¿Un simple remplazo del proletariado por el indígena? Por otra parte, el hecho de ser las comunidades de Chiapas las artífices del movimiento no las exime de los vicios políticos del sistema mexicano.

Por último, se percibe al Ejército Zapatista como un quiebre en la historia moderna mexicana. Es indudable que el zapatismo despertó a la sociedad mexicana y puso sobre el tapete la discusión de temas esenciales: la situación indígena, la democracia, etcétera, pero la historia política latinoamericana ha demostrado que existen hechos que trastocan la vida cotidiana y quiebran los sistemas y que no necesariamente se originan en las acciones de los sectores populares. A la hora del balance final ¿qué habrá roto más a la sociedad mexicana: el zapatismo, los Salinas, la crisis económica, los asesinatos, la corrupción, el narcotráfico..? Sí, el zapatismo contribuyó de manera importante a la discusión del tema de la democracia en México, pero lentamente se agotan sus propuestas, pues ya hoy el escenario es distinto, hay nuevos actores y condiciones a las cuales difícilmente responderá el EZ.

Un segundo bloque temático es el culto a Marcos. El autor contribuye a la apología con afirmaciones, estableciendo vínculos con personajes mundiales y otorgándole la paternidad del zapatismo. Por ello en el texto Marcos aparece como un interprete privilegiado de los indígenas³, artífice del golpe a todos los falsos lenguajes,⁴ opuesto al caudillismo,⁵ garantía de no manipulación del indígena,⁶ artífice de grandes cambios,⁷ expresión de la paz⁸ y, naturalmente, con la misma dimensión de Zapata⁹ (a tal punto que LeBot considera que el «Sub» puede morir a causa de «otra» traición, dejando la duda sobre un posible ajusticiamiento por parte del EPR).

³ P. 18.

⁴ *Idem.*

⁵ P. 21.

⁶ P. 56.

⁷ P. 85.

⁸ P. 103.

El tercer aspecto de esta primera parte evidencia las contradicciones de los apologistas de Marcos, específicamente el resquebrajamiento de las simpatías acríticas a raíz de la manera como se conduce Marcos y las acciones políticas del EZ. Los apologistas, pasada la euforia, sufren los efectos de la resaca y no pueden menos que empezar a plantear serios interrogantes sobre el pasado, presente y futuro del EZLN. LeBot no puede ocultar sus dudas y deja escapar sus preocupaciones en el texto. En las últimas páginas de su introducción plantea algunos interrogantes sobre la tradición foquista¹⁰ y sus transformaciones más recientes¹¹; los giros del EZLN con respecto al tema de la toma del poder¹²; los límites de la noción de democracia que se emplea en la selva¹³, el debilitamiento de las simpatías en la sociedad civil¹⁴, las diferencias del Ejército Zapatista con otros sectores políticos y gremiales¹⁵; el aislamiento de ciertas comunidades de Chiapas y el peligro del comunitarismo¹⁶ y la debilidad de su propuesta económica¹⁷.

En resumen, esta primera parte contiene los más importantes rasgos de la visión apologética y acrítica sobre el EZLN y Marcos, y deja entrever las enormes debilidades políticas del EZ cuando se lo somete a una crítica. Sin pretender hacer un análisis sobre el Ejército Zapatista creemos importante señalar algunos aspectos sobre los cuales hay que insistir.

En primer lugar, hay un debilidad estructural del EZLN en su lectura de la sociedad mexicana debido a su permanente desconocimiento de los procesos políticos, económicos y sociales. Una de las causas de esta debilidad es su evidente herencia foquista. Marcos, al hablar del origen del EZ, deja entrever el voluntarismo de su clase urbana y el desconocimiento de la mayor parte de los sucesos políticos cuando estuvieron en la selva y, lo que es más grave, la constante improvisación de las posturas políticas (declaración de guerra, diálogos de paz, alternancia de posiciones radicales y reformistas, etcétera). En este sentido el EZLN no constituye la primera guerrilla postcomunista sino, junto con las colombianas, una de las últimas herederas del castrismo.

⁹ *Idem.*

¹⁰ P. 69.

¹¹ P. 72.

¹² Pp. 77, 79, 80 y 90.

¹³ Pp. 84-5.

¹⁴ Pp. 100, 101, 103.

¹⁵ P. 101.

¹⁶ P. 103, 104.

¹⁷ P. 105.

En segundo lugar, hay que llamar la atención sobre la combinación de una postura ingenua sobre la paz, originada en una lectura errónea de la coyuntura política, y en una actitud inocente según la cual ante principios nobles y democráticos se doblegan los Estados y la reacción, debilidad que podemos denominar el «síndrome emerretista». Es decir, el EZLN carece de una noción definida de los límites de su lucha, de la democracia y de la noción de paz y una fe ciega en que el solo planteamiento de sus principios les otorga la fuerza bastante para cambiar la situación nacional.

El EZ, como otros grupos insurgentes, por ejemplo el M19 de Colombia, se lanza a la guerra con un objetivo estratégico de toma del poder y lentamente trastoca su postura a cambio de exigencias más modestas y ligadas a un proceso de negociación con los representantes del gobierno. El objetivo sería renunciar a las armas a cambio de reformas políticas, en este caso autonomía, reforma agraria, inversión social, etcétera. No obstante, mientras se producen tales giros y mientras se reivindica una ética, unos principios humanitarios, el túnel sigue avanzando bajo sus pies. Por ello no se percibe cómo el EZLN enfrenta la estrategia de adormecimiento —con la cual el Estado pretende asfixiar a los insurgentes aislándolos de las comunidades— y la posibilidad de una salida militar, que lejos de ser contundente y masiva puede adoptar métodos tan diversos como un operativo militar y las actividades cotidianas de las guardias blancas. LeBot comparte la actitud del EZLN al considerar que el gobierno no tiene intención de utilizar las armas.¹⁸

Por último, hay que enfatizar un factor de la confrontación militar sobre el cual poco se ha insistido: las guardias blancas. La experiencia de países como Perú, Colombia, y otros centroamericanos, demuestra que los diversos grupos paramilitares son una fuerza de desequilibrio a favor del Estado en zonas de conflicto. Este factor, creemos, será cada día más importante en la definición no sólo del conflicto armado en Chiapas, sino a lo largo del territorio mexicano, especialmente donde existe acción de grupos insurgentes o movimientos sociales. Lo extraño de todo es que Marcos considera que los choques con las guardias blancas no forman parte de una campaña contrainsurgente.¹⁹

La segunda parte del texto corresponde a las entrevistas que el autor, o los autores, hacen a los comandantes Marcos, Tacho y Moisés. El estilo es el usual en estos casos: se busca que el entrevistado sea el principal actor, no

¹⁸ P. 92.

¹⁹ P. 270.

obstante, y a pesar de algunas preguntas interesantes, lamentamos que las entrevistas no fuesen polémicas y que los científicos sociales no cuestionen en profundidad a los entrevistados, pues se corre el riesgo de caer en una difusión del pensamiento y no habría distinción entre un cuestionario, elaborado por periodistas y enviado por escrito, y un encuentro con los dirigentes insurgentes. Un mérito de esta parte del texto es la manera franca y abierta con la que el «Sub» aborda el origen y las primeras acciones del EZLN, material que sin duda será de mucho valor para los analistas políticos e historiadores.

En síntesis, se trata de un texto que refleja las contradicciones de los simpatizantes del EZLN y augura las inevitables transformaciones de los intelectuales ligados, afectiva o ideológicamente, al zapatismo. Una visión crítica y una polémica más contundente hacia las concepciones del EZ se hace necesaria, máxime cuando la posibilidad de la solución violenta al conflicto no ha cesado y cuando se están produciendo cambios en la correlación de las fuerzas políticas a nivel nacional que muy seguramente radicalizarán las confrontaciones políticas, ideológicas y sociales en México.

El riesgo de asumir una postura apologética es que puede derivar, en momentos de crisis del proyecto político, en lo contrario: abandono del apoyo al movimiento zapatista o salto a posiciones de derecha.

Miguel Ángel Urrego
CEH-El Colegio de México